

Tolerancia y comprensión en la convivencia familiar

Amaos los unos a los otros con amor fraternal. Romanos 12:10

Tomado de un artículo de mi cofre de archivos
Por el doctor Daniel Tíno

Dios instituyó la familia como unidad primaria dentro de la sociedad. Cuando creó al hombre y a la mujer los puso a vivir en comunidad. Les ordenó a procrear, es decir, ser el punto de partida de una familia.

La Biblia contiene muchas reflexiones que nos orientan acerca de lo que es esencial para la vida familiar.

- ¿Cuáles son los deberes de los esposos?
- ¿Cuál es el lugar de los niños dentro de la familia?
- ¿Cómo deben ser aceptados y tratados los ancianos?
- ¿Qué es la comprensión y el amor?
- ¿Cómo podemos hacer del núcleo familiar un santuario?
- ¿Cómo cumplir el programa de Dios sobre la tierra?

La familia es esencial al plan de Dios. Pero en un mundo pluralista y secularizado nos cuesta rescatar el sentido de la familia que tiene la Palabra del Señor.

El núcleo familiar es el elemento primigenio para el desarrollo de la personalidad y la salud de cada uno de los miembros. La familia es escuela; es un lugar de encuentro y juego, que sirve para el gozo y la recreación. La familia es el lugar para el aprendizaje de la convivencia; es el ámbito natural para la educación cristiana, para el desarrollo de los valores del espíritu.

¿Qué podemos hacer para rescatar y conservar lo que la Palabra del Señor nos dice en cuanto a la familia?

Base esencial: la pareja

Toda familia se constituye cuando dos jóvenes se unen para formar una nueva unidad. La palabra dice: **«Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer»** para formar un nuevo núcleo, una nueva célula. Para continuar este programa divino cada uno debe dejar su casa y sentar bases para una nueva unidad familiar.

La primera carta de Juan se dirige a la familia cristiana. Nos habla del amor, la comprensión, la tolerancia y la aceptación. Lo cierto es que las personalidades son diferentes, y cuando se constituye una pareja, la primera gran tarea, quizá la más difícil, es la comprensión ajustada del uno para con el otro.

La tolerancia equivale a aceptación

Algunos pueden interpretar la tolerancia como la capacidad para soportarse el uno al otro; pero quiere decir algo muy distinto. La tolerancia está enraizada en la capacidad de ver en el otro lo mismo que uno mismo tiene; es decir, la misma estructura de persona, la misma imagen de Dios, los mismos elementos; además de considerar el cuerpo, el espíritu, la mente, y la vida afectiva y volitiva. Además de los intereses de distintos tipos que deben ser suplidos.

Lo más importante en la pareja que se forma es la aceptación del otro como una persona que tiene los mismos derechos, las mismas posibilidades y las mismas necesidades que uno mismo. Tal vez usamos a otra persona para nuestra propia gratificación. Quizá pretendemos algo que no estamos listos a dar. Cada vez que nos acercamos para recibir y no para dar, alteramos el programa de Dios.

Negarse a sí mismo

Es muy importante que la pareja aprenda desde el principio a dar. En primer lugar, dar significa negarse a sí mismo. Significa aprender que vivimos por la gracia de Dios, y que la esencia de nuestra vida es un regalo, una dádiva divina.

El sol que sale cada mañana, la tierra fértil que fecunda la semilla, el aire que respiramos y que es condición de vida, la luz para que nuestro sentido de la vista pueda trabajar, la música y el sonido para que nuestro oído pueda desarrollarse... todo es don de Dios; es algo que de gracia recibimos del Señor. Alcemos los ojos para glorificar a Dios, diciendo: «Señor, esta vida, con todo lo que implica, no es mía sino tuya; todo lo que la alimenta y la mantiene también es tuyo.»

El Señor nos amó primero; Él nos enseñó a amar, y puso en nosotros la simiente fecundada para que eso pudiera ser realidad. En la pareja, entonces, es fundamental desarrollar la capacidad de negarse a sí mismo.

Saber escuchar

Además, es necesario aprender a escuchar a la otra persona. A veces hacemos un monólogo. Unas veces, aún en medio de mucha gente, nos escuchamos a nosotros mismos y a nadie más. La Palabra de Dios

nos enseña a escuchar con respeto a aquel que está a nuestro lado, a tratar de penetrar en las entretelas de su corazón; penetrar en las honduras de su alma. Debemos captar sus necesidades, sus ensueños, sus aspiraciones, y aún sus fantasías. Nos alienta a ser nosotros una parte de todo lo que el otro necesita.

No se puede concebir al ser humano a solas. La vida sola no tiene sentido. Si no hubiera otra persona a quien mirar en el rostro, a quien abrir el corazón, con quien compartir las alegrías y las tristezas, la vida no tendría sentido. Nos necesitamos unos a otros como destinatarios de nuestro trabajo y de nuestro esfuerzo. Es importante tener a nuestro lado a quien nos apruebe o nos censure; tener a alguien que se ría de nuestros chistes y que consuma o admire lo que creamos.

Por lo tanto, sólo en comunidad, mirándonos los unos a los otros, en el brazo fraterno y en la penetración que presupone la convivencia, particularmente en el núcleo familiar, nos descubrimos como personas. Allí nos descubrimos en la imagen misma de Dios y alcanzamos la posibilidad de llegar a vivir en las alturas de su voluntad.

Vibrar al unísono

La comprensión significa vibrar al unísono o al conjuro con otro, y para comprender hay que pertenecer a una misma clase. Nos cuesta comprender a los animales, a los vegetales, u a otras formas de la creación, porque no somos de la misma naturaleza.

Miguel de Unamuno, en uno de sus escritos, donde exaltaba el encuentro entre los hombres, decía: «Esto es posible porque estamos hechos de la misma manera. Yo no puedo comprender las sensaciones del cangrejo, los pensamientos de la hormiga; pero puedo entender las emociones y los pensamientos de alguien que es una persona humana como yo.» Esto nos lleva a lo siguiente.

Pagar un precio: la comunicación

Esta comprensión creadora nos lleva a pagar un precio. Todos tenemos un ser interior y una conducta exterior. Ya que no somos omnipotentes, y no podemos leer la mente y el corazón del otro, nos tenemos que manejar a través de su expresividad.

La expresividad se manifiesta de dos maneras. Una es el lenguaje verbal: hablando. Pero para que haya comprensión las palabras deben tener un significado justo. Las palabras no siempre significan lo mismo para todos.

Hay personas que se sienten solas, incomprendidas, o que no se llevan bien con su cónyuge o con sus hijos. Es que no han aprendido a hablar. No hablan, o hablan poco o mal, o no dan a las palabras el significado que tienen. No son entendidas; chocan y rebotan permanentemente.

Para manejar el lenguaje verbal hay que hablar. Es necesario sacar cosas a la luz, aún como mecanismo de descargar ansiedades y tensiones. El que tiene mucha ansiedad, el que se desestructura como un neurótico o un

sicótico, tiene problemas de comunicación. No sabe hablar, no puede hablar, o no encuentra la manera de hablar en forma adecuada. Entonces acumula ansiedad.

Hay otro lenguaje que no es verbal: la mímica. Articulamos palabras con la expresión del rostro y el movimiento de las manos y del cuerpo; cada movimiento expresa algo. Hay quienes no hablan mucho, pero pueden mirar, abrazar, sonreír, extender la mano, palmear.

Hay otras formas de comunicación: la música, la poesía, la pintura y la expresión a través de las artes plásticas. Pero toda comunicación exige un lenguaje verbal o no verbal. La expresión presupone que el otro también se exprese de la misma manera.

La comunicación siempre tiene un cauce de dos vías. Uno se cansa de hablar en el vacío. La comunicación exige resonancia; es decirle al otro, con la expresión y la palabra: «me interesa tu persona».

Esto es lo que hace una unión real, y da a la pareja un fundamento sólido para lo que vendrá después.

Llegada de los hijos

Luego de la unión de la pareja llegan los niños. Deben ser reconocidos como don de Dios en el hogar. Hay padres utilitarios o demasiado pragmáticos que no lo consideran así. Ven a los niños como gastos, preocupación o problema. La Palabra del Señor nos enseña a recibir a nuestros niños como un don del cielo, como el regalo más precioso, como la riqueza más grande.

Cada pareja debiera sentir que el hijo es la bendición del Señor para alegría y contentamiento, y para aumentar el círculo del amor.

He aquí, herencia de Jehová son los hijos;

Cosa de estima el fruto del vientre. Salmo 127:3

Cuando el hijo es problema

Existe el peligro de que la llegada de los hijos distorcione la relación de la pareja. Cuando un matrimonio está bien constituido, los niños son una bendición. Pero en un matrimonio mal constituido, los niños pueden servir para que la madre encuentre en ellos la excusa para no atender mucho al esposo; para no prestar atención a su arreglo personal, a su relación de pareja, a su preocupación por lo afectivo o por lo sexual, y por todo lo demás que hace a la felicidad conyugal. Esto puede ser perjudicial.

En una pareja bien avenida, los niños no quiebran el equilibrio, sino que al contrario lo mejoran y llegan a ser un elemento de mayor unión y mayor salud en la relación. De lo contrario, los niños pueden ser capturados en forma neurótica por el padre o por la madre, y pueden ser los sustitutos del cariño o de la comprensión que no reciben de su pareja.

Esto puede dañar al niño; puede asfixiarlo, distorcionar su personalidad y crear una situación perjudicial.

Lugar adecuado para los niños

Es necesario que los niños ocupen un lugar adecuado en el hogar, y deben recibir la atención debida. Como la Palabra del Señor lo enseña, deben ser educados en la disciplina y el temor de Dios, pero en un clima de amor y de aceptación como personas.

El hogar debe proveer amor, seguridad y atención.

Lo que el niño necesita y que el hogar debe proveer:

Amor. El amor es como el aire que respiramos; los niños no pueden crecer sin amor. Éste es figura de madurez y desarrollo psicológico, y afirma la personalidad.

Seguridad. Los niños tienen que disfrutar de seguridad. Cuando los padres no se llevan bien, o cuando se escuchan peleas o desavenencias, cuando se quiebra esa sensación de seguridad y el niño comienza a temer su propio hogar, se levanta en él una gran angustia, una gran ansiedad.

El niño sabe que todavía es dependiente; no puede manejarse por su propia cuenta ni trabajar para ganarse el pan. Sabe que todavía es indigente, es incapaz, no tiene posibilidades de sustentarse a sí mismo. De ahí su angustia cuando ve problemas en su hogar. La seguridad es una necesidad básica.

Atención. El niño está en el hogar como persona, y debe ser reconocido como tal. Debe recibir atención personal en el terreno afectivo y formar parte de los programas de la familia. Los padres deben acostumbrarse a manejar a sus hijos con interrogaciones:

- ¿Qué piensas?
- ¿Qué sientes?
- ¿Qué deseas?
- ¿Cómo estás?
- ¿Qué te gusta?
- ¿A dónde quieres ir?

El niño, de esta forma, está incluído. Esto es formativo; no sólo lo habilita para que en el momento oportuno maneje con madurez su propio hogar, sino que lo afirma como persona.

La inseguridad básica que muchas personas sufren por el resto de su vida se debe al hecho de haber sido ignorados en el núcleo familiar. No se les ha tenido en cuenta. Donde esto ocurre, no hay autoafirmación. El niño no desarrolla capacidades de autonomía, y no puede después manejar su propia vida. Siempre estará inseguro; piensa que molesta o incomoda, que su palabra no es de importancia, o que su juicio no es adecuado.

El anciano en el hogar

En el hogar están también los abuelos, el padre o la madre del papá o de la mamá. Es importante saber algo de la psicología de la senectud, o del envejecimiento, para poder comprender las necesidades básicas y los centros de interés de estas personas, y no marginarlas del núcleo familiar. Tienen algunas rarezas que los adultos no comprenden.

Hay que presuponer que la persona que envejece ya no puede valerse totalmente de sí mismo, y que necesita recibir ayuda adecuada. A veces ayudamos con naturalidad a un niño y no ayudamos a un anciano. No nos damos cuenta de que por evolución, o involución, los dos están en la misma situación.

Necesidades del anciano

El adulto debe entender que el anciano necesita una simplificación de su programa de vida: de sus comidas, de la rutina que se le implanta, de su trabajo, de las exigencias a las cuales se le somete. También es necesario comprender que el anciano sufre algunos cambios que pueden modificar su carácter.

Es muy común que un anciano esté preocupado, ensimismado, y que necesite de una mayor dosis de cariño y atención que cuando estaba en toda su plenitud. Cuando se da cuenta de que le queda cada vez menos de la vida, de que su vigor físico y mental, y que sus capacidades ya no son las mismas, se deprime. Entonces en lugar de comprensión, encuentra marginamiento.

Ya que aumenta vertiginosamente el número de las personas mayores 60 años, aún las iglesias tendrán que tener programas para ancianos. Pocas son las iglesias que tienen una sociedad de ancianos, o un programa específico para personas mayores de 60 años, o reuniones que provean a sus necesidades o que discutan sus problemas.

En el hogar, como en la iglesia, es necesario que haya una comprensión de lo que es la involución. El anciano se pone sensible, llora con más facilidad, se pone en exquisito cuando no lo atienden como él quisiera; o si no le dan lo mismo que a otro, se le despiertan los celos. Hay una regresión parecida a la que ocurre con los niños.

Hay competencia y rivalidad, hay sentimiento de abandono, de marginamiento, de postergación. «Yo sé que molesto»; «Me siento una carga»; «No puedo trabajar como antes». Hay ancianos que viven en hogares cristianos y que dicen cosas por el estilo: «Sé que soy un obstáculo para la familia, para sus salidas o para su programa de vacaciones.»

El anciano está allí con su identidad perdida, sin recibir muchas gratificaciones. Si hay ancianos que dicen: «Lo único que espero es que el Señor me lleve», algo está mal en el hogar donde viven, o un proceso de enfermedad lo está invadiendo.

No tiene que ser así.

Normalmente, la atención, el cariño y la comprensión de los otros, tiene que servir para sostenerlo y para hacer que para él también la vida sea algo feliz, porque está disfrutando de una bendición compartida, porque es parte de una familia; es parte de un todo. Cualquier bendición que se produce allí es también suya; le pertenece. No hay rivalidad, sino que todo es para todos.

El amor: fundamento de la convivencia

Convivir presupone un renunciamiento muy grande. Hay muchos incentivos y motivaciones que llevan al amor. Los hijos de Dios se conocen porque aman. El amor a Dios se manifiesta en que aman a sus hermanos. Primera de Juan 4:20 dice: «**El que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?**» Si no podemos tolerar y comprender al que está al lado nuestro entonces el Espíritu del Señor no está en nosotros.

Por lo tanto, probémonos, haciendo estas preguntas:

- ¿Cómo amo a mi esposa?
- ¿Cómo amo a mis hijos?
- ¿Cómo amo a mi padre o a mi madre?
- ¿Cómo amo al anciano?

Hay quienes proclaman el amor de Dios y asumen un aire de piedad dentro de la iglesia; pero dentro del hogar lo niegan. El que ama no vive para sí, sino trata de hacer aquello que agrada al que ama. El que no hace aquello que sabe que agrada al que ama, no ama.

Notas personales

Juan dice: «**Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos: y sus mandamientos no son gravosos**» (1 Juan 5:3).

Los mandamientos, lejos de ser gravosos, son un privilegio, un gozo, algo que fluye espontáneamente.

Yo tengo que negarme a mí mismo, porque tengo esposa y tres hijos. Para que ellos tengan, me olvido de mí mismo, y hago aquello que agrada a mi esposa y hace bien a mis hijos. Cuando de veras amamos, el amor transforma en gozo cualquier negación o privación.

El que es nacido de Dios vence. Esto no es una utopía para un grupo de privilegiados; es algo que puede ser. Vencemos en la capacidad de amar, de dar la vida, de negarnos a nosotros mismos para repartir alegría, gozo y contentamiento. Vencemos para tener la palabra justa, para vivir la actitud correcta, para hacer de nuestra vida un elemento de dispersación de bendiciones.

Aprendamos a mantener la unidad del núcleo familiar en un mundo donde la familia está en desintegración, donde los hijos se van rápidamente del hogar, donde los esposos se separan, y donde a los ancianos se los pone en un asilo. Nosotros, la familia de Dios, aprendamos a convivir. Que nuestros hogares sean un santuario. Que los esposos, los hijos, los mayores, y todos los que estén bajo el mismo techo, aún cuando sea humilde, puedan tener el gozo desbordante de aquel que está viviendo dentro del marco de la voluntad de Dios.

Comprendamos una cosa: que lo que sean nuestros hogares, inevitablemente será nuestra sociedad.

¡Practiquemos la tolerancia!

